

Carlos A. Cullen

Presentar un libro es siempre una ocasión para celebrar, casi ritualmente, este eterno retorno de lo mismo, que no es lo igual: los hombres tratando de descifrar, con tanteos creativos, ese texto siempre huidizo que, quizás por comodidad, llamamos **la realidad que nos toca vivir**.

Presentar un libro de un colega y amigo como Mauricio y que intenta relacionar la filosofía con la educación es para mí, que vengo trabajando precisamente eso hace ya mucho tiempo, una ocasión privilegiada de sentir, entre otras cosas, lo muy cercano que me siento con las preguntas y las inquietudes que casi diría nos obsesionan a Mauricio y a mí y me convencen, una vez más, que el Río de la Plata no nos separa, sino que es, paradójicamente, esa “**tierra de nadie**”, como diría Kusch, que si sabemos estar, meramente estar, nos puede permitir **crear el mundo de vuelta**, porque entendemos que la filosofía, a fin de cuentas, no es sino una cultura que ha encontrado su sujeto.

Celebro la aparición de este libro, porque es un nuevo sendero, ciertamente en el jardín de los senderos que siempre se bifurcan, porque dejamos el “oficio” y simplemente filosofamos, sin tener miedo, sin preocuparnos por la visibilidad nadificante ni asustarnos por la ausencia, como en el café de Sartre, que recuerda Mauricio.

De ahora en más, y gracias a esta pasión pensante de Mauricio, tenemos un hilo más para seguir buscando sentidos en el laberinto de la biblioteca infinita, donde un texto remite a otro texto, una pregunta remite a otra pregunta y va tejiendo una nueva trama en la fascinante historia del deseo de saber, que testimonia siempre la resistencia pertinaz a naturalizar lo que acontece, a cerrar la comprensión, a agotar la pregunta, a manejar las almas.

Brevemente quisiera destacar de esta antología, o florilegio, o ramillete interminable de pensamiento fecundo, algunos cuestionamientos que me parecen particularmente relevantes.

Por de pronto, la insistencia de Mauricio de hablar de comunidad de aprendizaje, sobre todo tratando de dialogar y criticar la rapidez con que nos entusiasma hablar de comunidad de indagación o de investigación, como postula Dewey. Creo que lo interesante del planteo es poner la comunidad de aprendizaje como condición para una comunidad de investigación, y como quien no quiere la cosa lo relaciona con los discursos legítimos, de los que habla el Sócrates de Platón, y entonces podemos imaginarnos conversando a orillas del río, y no con parlantes en las Olimpiadas.

Justamente, una insistencia muy marcada en los textos de Mauricio es lo que llama el movimiento filosófico, después de distinguir muy bien los movimientos agitados, vanidosos, repetitivos, o el inmovilismo del miedo ante el espanto.

Esta idea de movimiento filosófico, que apunta en serio a una filosofía de la liberación, que no tiene que ver con ninguna razón arrogante y sus vicios, sino simplemente con la responsabilidad de asumir el espanto y pensarlo, precisamente para transformarlo.

La manera interesante que encuentra Mauricio, y nos cuestiona a todos quienes enseñamos filosofía, es pensar el “aula”, tratando de mostrar, justamente, las características de la comunidad de aprendizaje: para todos y cada uno, desde las diferencias lo común, el adentro y el afuera, el saber y el ignorar....Y discute entonces con valentía ese discurso tan extendido de la “inclusión”, que es muchas veces para excluir, como lo recuerda Agamben, o el otro de pretender modelizar y naturalizar el futuro posible, y no entender que filosofar tiene que ver siempre con futuros abiertos.

Filosofar la educación, filosofar la sociedad, no quiere decir que tomemos a la educación y/o a la sociedad como “objetos” de la filosofía. Quiere decir postular y trabajar responsablemente en un movimiento filosófico, que implica comunidad de aprendizaje, futuro abierto, alternativas posibles e aconteceres no dominables (o nadificables).

Es cierto, la filosofía, como recuerda Mauricio, siempre estuvo relacionada con la educación. Agregaría, porque es mi obsesión que comparto con ustedes, que la educación misma siempre estuvo relacionada con la filosofía y, más precisamente, con la ética y la política, simplemente porque no es un movimiento natural, es una acción, y es una acción comunicativa y liberadora.

Claro que esta interacción filosofía y educación, educación y filosofía, exige que repensemos a fondo que significa filosofar, que no es un oficio sino una vida doble responsabilidad, como diría Hanna Arendt, del mundo y de los recién llegados.

La insistencia del Mauricio filósofo y educador, casi su grito apasionado, es generar un movimiento filosófico, una educación filosófica, una sociedad filosófica. Es decir, sin ninguna retórica, democratizar el pensamiento sabiendo que podemos así constituir una convivencia más justa, porque no nadifica a nadie y no teme al espanto. Claro, la condición, interpreto, es que no nos ilusionemos con ser filósofos y educadores sin estar, porque la sabiduría de América es estar siendo, resistiendo al resabio colonial de que podemos desfasar la filosofía de la cultura, es decir, y vuelvo a citar a Kusch, aprendiendo juntos que “el pensamiento no se ve ni se toca, pero pesa, está gravitado por el suelo que habitamos”, y aprendiendo también, ahora de la mano de Vaz Ferreira aquello que el espacio lo inventa Dios, pero el tiempo lo inventa el diablo. Gravitación del suelo, la América profunda, y futuro abierto, un mundo más justo.

Gracias Mauricio por tu resistencia inteligente y responsable, como filósofo y como educador, y gracias por tu amistad, que se gestó en los difíciles años de las dictaduras a ambas orillas de nuestro río común. Qué se iba imaginar Solís lo que podíamos conversar en sus orillas, y, justamente, el día de la primavera acá en el sur, paredón y después...

.